

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE EL ROMANICO RURAL GALLEGO

Por **MANUEL NUÑEZ RODRIGUEZ**
Catedrático de Historia del Arte
Facultad de G. e Historia - Universidad de Santiago

Día a día una bibliografía muy específica contribuye a perfilar y a mejorar el estudio de este terreno tan resbaladizo, ayudando a descubrir nuevas perspectivas y a desplazar esquemas que muchas veces tienen el equívoco como denominador común. Por eso mismo no es tarea fácil confeccionar una síntesis sobre nuestro románico rural sin arriesgarnos a quedar con un planteamiento aséptico que pueda evaporar la carga expresiva y significativa que tal arquitectura posee. El tema es complejo y aquí nunca podría ser abordado en su conjunto sin exponernos a dar un salto en el ser. Esperemos que los resultados sean mínimamente válidos.

Denominado el primer estilo pancrestiano del Occidente, fue el románico una práctica que hermanó a los pueblos de aquella Europa cristiana consolidada desde nuevas posturas mentales, encontrando en Galicia un terreno fértil y variado en su repertorio. Protagonista de una prolongada fase, su gran momento en nuestro territorio se sitúa en torno a la década de los años 1130, coincidiendo con una etapa de crecimiento en el campo social, económico y político, como corresponde a una situación de estabilidad a la cual no fue ajena la labor de Alfonso VII y sus sucesores Fernando II y Alfonso IX, quienes, muy identificados con el país (no en vano fueron educados por ayos de la casa de Traba) e impulsores de su vida cultural, convierten a Compostela en un centro vital dentro del reino. Todo ello cuando a la par se detectaban síntomas de una verdadera renovación dentro del propio monacato gallego, con el florecimiento de nuevos monasterios.

Pero en nuestro apretado resumen no se podría contemplar el patrimonio monumental de los núcleos más calificados y urbanos; sí, en cambio, nos aproximaremos al mundo rural, a menudo

con enclaves mal comunicados. Población rural, por otra parte, más repartida que hoy, a modo de pequeñas células que agrupan a decenas de personas y en las que van tomando cuerpo unas estructuras que son el resultado de un deseo por encontrar una relación y un orden con el entorno, y así arribar a una realidad definida que es fruto de la actitud reflexiva de un hombre o grupos de hombres sobre forma y función. Realidad que, al tiempo que contribuye a humanizar el paisaje, introduce nuevos matices en su hábitat.

Aunque sea rápidamente, no podemos dejar de referirnos a una matización previa a modo de propuesta sobre la génesis de esta arquitectura rural. La elección del emplazamiento no deviene casual; a menudo parece el resultado de un deseo por reanimar y conferir nueva vida a enclaves de tradiciones religiosas preexistentes, incluso olvidadas en parte, donde tuvieron razón de ser pequeñas iglesias, eremitorios o cenobios, por lo que determinadas construcciones surgirán sobre otras de planes muy modestos o sobre sus ruinas, fruto de un premeditado deseo por ampliar y a la vez superar las limitadas pretensiones artísticas de las mismas. Aunque los nuevos intereses podrían calibrarse sin dejar de reparar en el aumento demográfico registrado en estos núcleos de cuadros sociales y formas de asentamiento ya existentes, cabe otro punto de vista: a partir del s. XII la propia reforma gregoriana implicó un reajuste de las feligresías, por lo que algunas iglesias se convierten en ermitas o se reconstruyen para dar paso a nuevas estructuras. Por ejemplo, Santa María de Xanza (Ayto. de Valga) «consagrado a principios del s. XII aprovechó materiales de una iglesia anterior» al igual que la obra románica del antiguo monasterio benedictino de Leres con respecto al primitivo edificio del s. X; asimismo, San Martín de Mondoñedo toda-

SANTA MARIA
DE MEZONZO.
LA CORUÑA



**CONFERENCIA DE LOS CURSOS
DE DOCTORADO DE LA ETSA
DE LA CORUÑA «LECCIONES
DE ARQUITECTURA GALLEGA»**

CAPITEL DE
SAN MARTÍN
DE MONDOŃEDO.
LUGO



vía ilustra su epidermis románica con restos de sillares, arcos y capiteles prerrománicos. La lista sería exhaustiva, pero nos permitiría comprobar de qué manera la absorción de la primitiva fábrica altomedieval es a veces de una refinada complejidad. En algún caso tampoco faltan testimonios indicativos sobre esta labor de rescate y nuevo planteamiento: no es una casualidad que en ciertos epígrafes se alude al hecho de reedificar o renovar. De aquí que la gran mayoría de los templos prerrománicos no hayan sobrevivido como no sea a partir de un reaprovechamiento fragmentario de su aparejo, capiteles, etc., que ahora pasarán a animar un nuevo edificio más acorde con otro tipo de necesidades y planteamientos estéticos.

En otras ocasiones no se parte de un principio revitalizador y continuista y la opción por un determinado emplazamiento responde a circunstancias menos afectivas y más prácticas: en nuevos lugares de agricultura y ganadería con los supuestos demográficos necesarios y que pasarán a convertirse en nuevos puntos nucleares. Es decir, en enclaves organizados por primera vez, no siendo infrecuente que los propios vecinos de una comunidad con intereses religiosos comunes edifiquen una iglesia en un terreno de su propiedad. No hay que olvidar que el superávit de población en este momento implica que los núcleos antiguos se fragmenten y grupos de personas se desplacen para crear nuevos poblados o se dispersen en explotaciones individuales; dispersión de la población que es causa y a la vez efecto del progreso agrícola, como lo será también de un verdadero «renacimiento constructivo». De ahí esa doble humanización del paisaje. Tales son las nuevas posibilidades que se van decantando desde un nuevo cambio de vida y para la transformación de un entorno que el hombre deberá tener en cuenta por cuanto imprime un carácter no siempre fácil de modificar. Aspecto éste lleno de sugerencias.

Sin adentrarnos en cuestiones de tipo formal (salvo en la planimetría), en nuestro breve recorrido sobre el románico rural creo útil establecer un doble apartado.

1. Ejemplos en los que permanecen válidos elementos en la tradición. Desde comienzos del s. XI Galicia, como parte integrante del occidente peninsular cristiano, inicia la recuperación de su aislamiento tras el hundimiento del Califato, la debilidad de los Taifas y el consiguiente avance de la Reconquista. La España cristiana pugna por abrirse hacia el mundo ultrapirenaico desde que el rey de Navarra Sancho el Mayor, traspasando el umbral de una nueva época en la historia del país, favorece un europeísmo, con lo que ello implica de toma de contacto con nuevos modos de vida. Previamente a los resultados positivos de tal europeización, cuando aún los reinos cristianos no habían conquistado su hegemonía político militar que tanto les ayudaría a salir de su aislamiento y a estrechar los lazos con el resto del Occidente, el proceso requiso tiempo para este noroeste de economía fundamentalmente agrícola, rígidas estructuras sociales y, sobre todo, un gran respeto hacia la tradición. Hay que aclarar que esta afirmación va dirigida, fundamentalmente, a la pervivencia de un nacionalismo religioso plagado de nostalgias visigóticas (el llamado rito hispánico) contra el que se enfrentarán los impulsores de una reforma eclesiástica en la que tenga cabida el rito litúrgico único romano y un nuevo tipo de observancia monástica. Reforma que encontró no pocas resistencias, ya que representaba una ruptura con la tradición viva.

El panorama artístico de este momento anterior a la gran eclosión del románico y a la fase de crecimiento demográfico, se decanta por una cierta atención hacia mimetismos estructurales prerrománicos, tanto en la morfología arquitectónica como en la decoración, sin llegar a una ruptura violenta. En este sentido tanto San Antolín de Toques como San Andrés dos Nogales con su



nave única y capilla rectangular adoptan un esquema de gran difusión en el medio rural desde fechas tempranas. Curiosamente en el resto de la España cristiana y hasta muy avanzado el s. XI, también se transmiten formas constructivas tradicionales altomedievales, si bien todo ese bagaje queda asimilado y adecuado a las nuevas exigencias.

Diferente en parte, como ahora veremos, será el problema de San Martín de Mondoñedo y San Juan de Villanueva, aunque en ambos y al igual que en Toques, queden plasmadas connotaciones pirenaico catalanas que constituyen los elementos más característicos del primer arte románico: el empleo del sistema de arcuaciones lombardas. Pero, por otra parte, San Juan de Villanueva y San Martín de Mondoñedo, aunque acusen parcialmente contactos con rasgos de sello prerrománico, cristalizan mejor con las fórmulas del nuevo arte que tan bien ejemplifica la adaptación a la evolución litúrgica y que en Cataluña había entrado antes y por razones diferentes. En este sentido la concepción del espacio por imposiciones rituales es muy aclaratoria: frente al espacio cuántico-prismático de Toques o Los Nogales, donde se organizan verdaderos cuerpos autónomos tan cercanos al sentir de una liturgia mozárabe más individualista y menos comunicativa, el espacio más participativo de Mondoñedo o Villanueva, consecuencia de una liturgia (¿la romana?) más comunitaria. En Mondoñedo y Villanueva el ábside oscuro, pequeño y separado de los edificios prerrománicos (y también de Toques o Los Nogales) queda sustituido por una capilla abierta ampliamente a la nave y por medio del presbiterio. Ampliando cuanto aquí se dice, C. A. Ferreira de Almeida recogía, no sin razón, que las ceremonias litúrgicas a partir de la reforma gregoriana «pasaron a ser más espectaculares y el celebrante levantaba y mostraba la hostia»; la liturgia mozárabe, por el contrario, convierte al sacerdote en único oferente y el canon se silencia al pueblo.

En definitiva, estos ejemplos del s. XI nos participan algo acerca de las modalidades culturales en un momento previo al

reconocimiento oficial del rito romano en el noroeste y con él la supresión del rito hispánico o mozárabe. De hecho, el rito hispánico en el noroeste peninsular padecía de cierto aislamiento, ya que comenzaban a surgir enclaves abiertos al rito romano. El problema radica en la penuria documental hasta mediados del s. XI aproximadamente.

Por lo demás, tanto en Mondoñedo y Villanueva como en Toques, la bóveda no posee todavía un papel protagonista frente a la carpintería, y sus orientaciones, en mayor o menor grado, les sitúan como ejemplos bisagra entre el prerrománico y el románico.

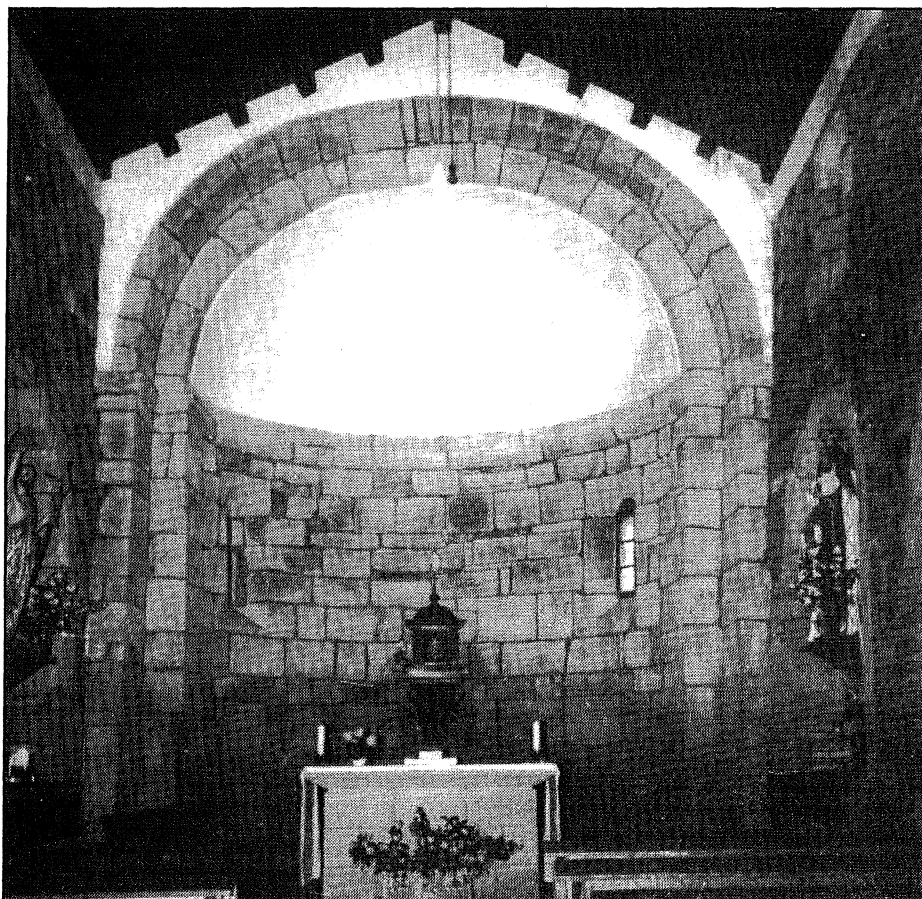
2. Románico pleno. Este segundo apartado ofrece un interés extraordinario por la legitimidad que va tomando el nuevo estilo en este prosperar de nuevas fábricas dentro de un clima de demografía en expansión.

Una vez que el proceso de europeización ve su camino más despejado, en especial a partir de Alfonso VI, quien supo comprender el provecho y ventajas que supondría para la organización de sus estados la articulación de una ruta de peregrinaje, una de las consecuencias de tal proceso fue la puesta en contacto con nuevas formas, con nuevas ideas; en síntesis, con una nueva concepción del mundo en la que el románico adquiere verdadera carta de naturaleza, coincidiendo con la reactivación del comercio y la vida económica, una vez que los estados cristianos ven mejorada su situación por los tributos procedentes de los reinos de Taifas.

En otro orden de cosas, a fines del s. XI (a excepción de Cataluña) la liturgia mozárabe será sustituida por la romana con sus cantos gregorianos (en este sentido es conocida la acción de las bóvedas como caja de resonancia) bajo la acción de Cluny y del monaquismo benedictino, del Papado y de los reyes. Tal adopción suponía el reconocimiento de la autoridad dogmática de la Santa Sede desde que en el Concilio de Burgos del 1080 se adopta oficialmente la liturgia romana y se introducen nuevas costumbres en aquellos monasterios que hasta entonces fueron

←
SAN MARTIN
DE MONDOÑEDO.
LUGO

SAN JUAN
DE VILLANUEVA.
LA CORUÑA
→



adictos a particularismos religiosos, favoreciendo la benedictización de nuestro monacato.

Dentro de este ambiente de reconstrucción espiritual y una situación social, política y económica favorable, un paso importante dentro de nuestra sociedad lo estaba marcando la catedral compostelana con su sorprendente vanguardismo abierto a nuevas soluciones que resaltan su rango internacional; como después haría Mestre Mateo en la encrucijada del románico y el gótico, no en vano las obras de la catedral tuvieron una duración de casi un siglo.

Por su parte, Gelmírez, gran impulsor de construcciones religiosas, además de ser un europeísta convencido que implanta la reforma gregoriana en su diócesis, estaba dando pruebas de un gran interés hacia el nuevo estilo, preocupado por llevar a cabo una labor de replanteamiento y mejora de antiguos edificios de humilde y pequeña fábrica.

En el ámbito rural, donde el aumento de iglesias fue también una consecuencia de la nueva organización eclesiástica a la vez que síntoma de organización local, se está produciendo un proceso importante en medio de una verdadera avalancha constructiva tras el impacto decisivo de la catedral compostelana, cuya magnitud e importancia, decía Fernández Oxea, «no sólo hubo de producir un afán de mejora de las iglesias rurales gallegas, sino que este deseo de los prelados, de los párrocos y de los feligreses que acudían con sus donaciones a favorecer las obras en Santiago, se vio facilitada con la dispersión de un lugar a otro de verdaderas cuadrillas de canteros que trabajaban a las órdenes de los grandes maestros de la basílica compostelana». A no dudarlo, muchas son las razones que entran en juego. En efecto, el crecimiento demográfico y la consiguiente energía humana disponible, también justifica tal alud constructivo y la consiguiente renovación arquitectónica por toda Galicia, consecuencia de unos desplazamientos por parte de la propia mano de obra que debieron de producirse con una intensidad sorprendente.

Para subrayar la importancia que reviste este hecho, consideremos dos subapartados:

2.a. Ejemplos incluidos en poblamientos dispersos y en los que, sin caer en un determinismo, a menudo las propias condiciones geográficas parecen imponer ciertas normas de vida. Se trata de parroquias, pequeños eremitorios, incluso iglesias privadas (todavía subsistentes en el s. XII) que se irán convirtiendo en parroquias. Se trata de ejemplos de un cierto tono menor cuya lista sería muy numerosa, donde la ruda elocuencia del lenguaje granítico busca los discretos planteamientos a partir de su rápida fábrica para espacios muy reducidos. A menudo la falta de belleza queda suplida por la coherencia formal.

En líneas generales, tales modestos templos rurales que parten de presupuestos forzosamente reducidos, no pueden desembocar en grandes planteamientos; de ahí que se imponga esa sobria estructura granítica de pequeñas dimensiones y ruda elocuencia, con discretas notas ornamentales, donde pervive con frecuencia el respeto por un repertorio vernáculo, incluso de raíces prerromanas. Hecho que puede prestarse a equívocos en cuanto a la cronología real del templo. Aunque tales ejemplos no siempre desconciertan por su novedad ni prodigan actividades arquitectónicas de gran altura, constituyen modelos muy válidos en su función. Es frecuente un claro sentido de las proporciones y contraste de volúmenes, aunque sea a partir de formas muy simples, frecuentando el empleo de una disposición basilical elemental muy prestigiada que constituye ya un tipo clásico en el arte popular gallego y de gran vitalidad a lo largo de la arquitectura románica: el aula de nave rectangular, a menudo cubierta en madera (no faltan los ejemplos abovedados) y presbiterio de trazo cuadrado o ábside semicircular precedido, o no, de un tramo más estrecho que la nave, donde el abovedamiento no parece problemático. Dejamos a un lado la cuestión de los ábsides poligonales.

En el caso de las iglesias con ábside cuadrado o cuadrangular, su esquema parece quedar asimilado a modelos prerrománicos, e incluso anteriores, nunca erradicados. En relación con esta idea, no se ha dejado de insistir, asimismo, en un hecho que parece probado y al que aludíamos al comienzo: en ciertos casos la fábrica se superpone a otra estructura altomedieval, cual ocurre, por ejemplo, con la iglesia de Santiago de Bembrive (Ayto. de Vigo), con restos de sillares, trozos de capitel... de una construcción anterior del s. X. En otros modelos los arcos de su alzado mantienen cierto vínculo con el principio del arco en herradura.

Excepcional es el caso de Ansemil, cuya planta basilical y cabecera tripartita sintoniza con una tipología ya cristalizada en el estilo asturiano a la manera de Mixós, Ambía o la propia Corticela. Otra cuestión es que este sistema de capillas con plan rectangular perviva hasta enlazar con los usados en los monasterios cistercienses, si bien nada tienen que ver con una tradición local por cuanto las cabeceras rectangulares cistercienses son importadas.

Mas el edificio no es un hecho aislado y la aceptación de nuevos estímulos puede quedar explicada por una relación directa o indirecta con los grandes modelos o con aquellas iglesias de antiguos monasterios que trataremos en el subapartado siguiente. Tampoco se puede silenciar la propia dependencia de estas iglesias a determinados núcleos comarcales, lo que justifica esos particularismos que tanto cooperan a la diferenciación de las distintas escuelas o tendencias, al margen de otras razones de índole coyuntural y que asimismo cooperan a la superación de los problemas que pudieran plantearse en el orden funcional o decorativo.

No es muy extensa la nómina de maestros del románico rural, pero tampoco hay que ver los frutos de estas obras de tono menor en función de la presencia de verdaderos peritos; en ocasiones se trata de verdaderos artesanos que, sin llegar a poner en evidencia la unidad del románico, poseen menos recursos técnicos, «sustituyendo conceptos de alta entidad estética por otros más rudimentarios». De ahí la vulgarización de prototipos, pero también la creación de otros propios «en cuya tarea pueden llegar a resultados muy superiores a los que cabría esperar de su formación». El propio Gaya Nuño consideraba que era «muy significativo que en un país de canteros que llegan a organizar familias enteras para recorrer zonas más o menos próximas, según la demanda surgida en las distintas aldeas, proliferan templos de nave única». Abovedados solamente en su cabecera, rápidos en su fábrica y sencillos en sus esquemas, pero atentos a establecer una justa correspondencia entre función, estructura y forma. Obviamente las posibilidades de actuación de los maestros más progresistas siempre quedarían más limitadas en estas pequeñas iglesias de un medio rural más apegado al conformismo y a que perduren planteamientos lingüísticos con los que existe una cierta sintonía. Las nuevas iglesias monásticas del ámbito rural, por el contrario, demostraron una actitud más desarrollada, no en vano sus promotores parecen menos integristas por su propia condición de monjes arribados desde otros monasterios (aunque no siempre se puedan ofrecer pruebas documentales) y con un importante papel como «agentes mentalizadores al servicio de la clase dirigente».

Esto nos lleva entonces a un segundo subapartado sin dar un salto en el vacío.

2.b. Iglesias de antiguos monasterios dotadas de una mayor fábrica voluntariamente escogiendo parajes apropiados, concentrándose con preferencia en las proximidades de los ríos: Acibeiro (Lérez), Camanzo (margen izquierda del río Ulla), Xubia (próxi-



CAPITEL DE LA IGLESIA DE SANTIAGO DE MENS. LA CORUÑA

mo a la ría), Mezonzo (río de los molinos), etc. De mayores dimensiones que los del apartado anterior, presentan un esquema basilical con triple nave sin crucero y rematada por triple ábside. Planimetría conocida en San Martín de Mondoñedo antes del último cuarto del s. XI, encabezando un largo recorrido en cuanto a tipo de planta que se cierra con Sta. Mariña de Augas Santas. Por otro lado, se opta por la planta en cruz latina y nave única, con crucero y triple ábside: San Miguel de Breamo, Vilar das Donas y San Salvador de Coruxo (tipología frecuente en el románico pirenaico); en cuanto al tipo de planta en cruz latina con ábside rectangular, San Pedro de Angoares no discrepa de la zamorana Santa Marta de Tera. Esto no excluye la existencia de iglesias cenobíticas con nave única, generalmente con un tamaño superior a las del subapartado anterior y con un mayor número de vanos.

El rigor en la observancia religiosa, su sometimiento a las disciplinas canónicas romanas, así como un nivel cultural más elevado y mayor estabilidad económica por parte de todas estas iglesias monásticas, dotadas con asignaciones más o menos espléndidas, parece asegurarles (con lo que ello significaría) un prestigio y una situación más ventajosa, beneficiándose de frecuentes contactos más allá del marco habitual, que le permiten



DETALLE DE LA
CABECERA DE SAN MARTIN
DE MONDOÑEDO. LUGO

nutrirse de aportaciones muy variadas y que tanto contribuyen a lo que Pita Andrade denominaba «pluralidad de soluciones». En unos casos recogen estímulos a partir del planteo lingüístico compostelano o de las catedrales que encabezan la diócesis correspondiente. Por otro lado, a medida que avanza el mundo del Cister, que tanto influyó sobre los distintos aspectos de la vida en las comarcas próximas, su impacto también se deja notar. Pero, por otra parte, los estímulos parecen la consecuencia de un intercambio recíproco entre templos, cuestión que permite reconocer las constantes de un maestro o de un mismo taller de lapicidas en varios edificios y, por eso mismo, la existencia de escuelas locales, ya que en las grandes fábricas de este segundo subapartado cabe pensar en un vasto taller donde cada miembro posee unas responsabilidades muy concretas, aunque exista un elemento coordinador.

Si en el caso de Santa María de Cambre (junto al río Mero), por ejemplo, las evocaciones compostelanas resultan muy precisas al enriquecer los presupuestos de la planta basilical de triple nave con el empleo de la girola, en Acibeiro, Augas Santas o Ambía se observa otro tipo de mimetismo compostelano: los triforios aparentes.

Para terminar, comprender la arquitectura románica no con-

siste en centrarse en su sintaxis epidérmica ni en intenciones puramente visuales. Un edificio no es solamente un esquema aparentemente mudo y frío, sino que la propia escultura de sus portadas, capiteles, son lo que acertadamente se denominó un verdadero catecismo en imágenes donde se recogen principios teológicos y morales. Pero, además, el edificio hay que experimentarlo en su dimensión histórica, no en vano el románico posee mucho de conducta colectiva. Por ello no puede dejar de considerarse su condición de aglutinante de una feligresía o una comunidad monástica, su categoría de medio idóneo de comunicación de sentimientos entre las personas al haber ayudado al hombre a sentirse menos solitario y más solidario; como dice C. A. Ferreira de Almeida, parecería que ninguna comunidad se consideraba realizada sin iglesia. Y es que a la iglesia no cabría enfocarla solamente bajo una óptica de refugio espiritual que propicia una seguridad psicológica. Apuntábamos al comienzo su condición de aglutinante, incluso para lugares dispersos por el hábitat; ahora bien, más allá de su condición sacra, es también centro de reunión para tratar problemas relacionados con la colectividad, al tiempo que lugar de encuentro y de defensa en situaciones límite; función válida en unas estructuras que hablan una lengua de granito grueso y de gran dureza.